

EL PODER DE LO OCULTO. LA AUTORIDAD DEL CUERPO EN LA ALEMANIA NACIONALSOCIALISTA

JAVIER CHACRA

El presente escrito pretende cumplir un objetivo doble. Dar cuenta, por un lado, del proceso histórico y social que sirvió de basamento para el surgimiento de la autoridad del ‘cuerpo biológico’ como nervio estructurante del discurso nazi. Por el otro, comprender qué concepción de lo humano emerge a partir de esta ponderación de la sangre y la raza y sus efectos en la consolidación del poder del III Reich. Este objetivo es doble, pero uno. Pues el surgimiento de la autoridad del cuerpo está enhebrado, aunque oculto, en el clima social y cultural de la Europa del período de entre guerras. Al ser descubiertas, las fuerzas oscuras cifradas en la sangre y sus destinos preinscritos en los órdenes cósmicos del devenir germano inmemorial actuaron a modo de resorte en la formación de un discurso racista que operó de columna vertebral en la edificación de un poderoso aparato estatal tecnificado, orientado a la represión y la muerte.

Se postulará la siguiente tesis. Mediante un discurso racista, anti-igualitarista, centrado en el valor del cuerpo biológico y la sangre, el nazismo supo codificar y concentrar fuerzas profundas pero activas en la cultura alemana que se vieron intensificadas por efecto de la derrota en la Primera Guerra Mundial. Hitler se estableció en representante de las demandas de amplios sectores disconformes de la sociedad, transfiriendo la fuerza del resentimiento y el sentimiento de humillación hacia la estructura del Partido Nazi. Esas fuerzas cristalizaron en forma de poder legítimo para ejercer violencia contra los adversarios de su concepción de nación.

En *Los Alemanes*¹, el sociólogo alemán Norbert Elias (1897-1990) explica que la burguesía militarizada llegó a identificarse con la vieja aristocracia ‘guillermista’ a la cual había estatuido como su ideal, considerándola representativa de la gloria pasada de una Alemania unificada bajo la conducción prusiana. Estos ideales aristocráticos presionaban para realizarse y la burguesía nacionalista sentía que era su deber llevarlos a cabo. La sensación de humillación, el fracaso y el resentimiento, expresión psicológica de un país desgarrado y fragmentado tras el final de una guerra cuyo acuerdo de paz fue vivido como una traición perpetuada por los grupos liberales (de los cuales buena parte eran judíos) y socialdemócratas que conformaron el gobierno de

¹ Elias, N., *Los alemanes*, Buenos Aires, Trilce, 2009.

la República de Weimar, debían ser conciliados con ideales nacionales que ubicaban a Alemania en el pináculo del continente europeo.

Elias analiza la institución del duelo a fin de mostrar su influencia determinante en el carácter de los jóvenes y los militares alemanes. El autor explica que esta institución paneuropea hunde sus raíces en la cosmovisión aristocrática del mundo y su posición en él. Pero a diferencia del resto de Europa, el asenso de la burguesía en Alemania significó un reforzamiento de esta institución. Elias ve en este fenómeno la instauración de un “culto socialmente reglamentado de violencia”, lo cual implica la aceptación de un orden estrictamente jerárquico que enfatiza la desigualdad entre las personas. El caso paradigmático del duelo permite ver a grandes rasgos aspectos sociales y culturales ligados al surgimiento de la figura de Hitler y su función como conductor del país. Elias observa que el asenso de Hitler debe entenderse a partir de “la difusión de tales modelos de violencia socialmente aceptada, así como la desigualdad social, constituye de hecho una de las condiciones necesarias para su advenimiento al poder.”² En resumen, puede decirse que Hitler promovió la desigualdad y los discursos anti-igualitaristas en lugar de elaborar un plan civilizatorio que resolviera el padecimiento y la desigualdad generalizada. Con ello se erigió en representante paradigmático de la barbarie del siglo XX. En ese movimiento opuesto a la restitución de la igualdad social captó el poder que esas fuerzas oscuras traían consigo. La estrategia política del nazismo consistió en dar reconocimiento político a sectores disconformes de la sociedad, reconocimiento que adquirió forma mediante la legitimación del ejercicio de la violencia. Esta promesa de coacción libre tuvo como tributarios a grupos que habían dedicado sus esfuerzos a socavar las bases de la República de Weimar con acciones que pusieron en jaque el monopolio de la violencia detentado por el Estado³. O dicho en otros términos, Hitler legitimó la movilización de grandes contingentes opositores predispuestos a la agresión, promoviéndolos en representantes del Estado nazi.

Ahora bien, esta retórica de la violencia, fundada en un orden jerárquico de la desigualdad social, supo nutrirse y expresarse a través de la literatura. El escritor alemán Ernst Jünger (1895-1998) fue representante de una cultura literaria exaltadora tanto de la violencia y la valentía, como persistente conciencia del estado de humillación y el deseo de vengar el honor mancillado. Como explica el filósofo berlinés, Walter Benjamin⁴ (1892-1940), la soldadesca regresó de la guerra con la inscripción indeleble del paisaje del frente de batalla en sus cuerpos y en sus almas. Paisaje transformado en el transcurso de aquellas décadas debido a la creciente tecnificación que borró las huellas de una modalidad pretérita de hacer la guerra en la cual el heroísmo y la mística del combate “cuerpo a cuerpo” funcionaban como fuerzas

² *Op. cit.*, p. 38.

³ *Op. cit.*, p. 227.

⁴ Benjamin, W., “Teorías del fascismo alemán”, *Ensayos I*, Madrid, Editora Nacional, 2002.

directrices en el arte de matar. La así llamada “guerra eterna”, signada por los elementos de una aristocracia guerrera fundada en el tiempo mítico, sería para los jóvenes, los soldados y los oficiales “la más elevada expresión de la nación alemana.” En el fondo oscuro de esa “vivencia primordial”, en la recuperación del fuego fatuo que calienta la braza del alma, se hallaba aún viva la nación germana. “Nuestra procesión –exclama Jünger en su obra *Tempestades de acero*-, en la que los gemidos de los prisioneros se mezclaban con nuestros gritos de júbilo y risas, tenía un aire de guerra primigenia, de barbarie.”⁵

Estas voces tenebrosas que entendían la tecnificación y racionalización de la vida como un síntoma de la invasión del espíritu vulgar y burgués sobre el cenáculo sagrado e inmemorial de la gloria alemana, operaron de nexo entre el acto de violencia y la idea de aquello que la violencia lograba. La reunificación del pueblo alemán debía lograrse mediante el afianzamiento en el ser que sabe aún escuchar las tenues pero inmortales voces dispuestas a despertar el espíritu germano de su letargo, oculto tras la ceniza gris de la administración burguesa. La autoridad demoníaca del destino se opuso así a la visión de una razón desapasionada y desleal al destino glorioso del pueblo alemán. En las voces silenciadas todavía podía sentirse el latido que animaba la verdadera vida, allí existía un poder potencial, en la autoridad de su voz, un poder oculto ¿Pero cómo traer los efectos mágicos de esa mística de la violencia al presente? Según la hipótesis del filósofo franco-lituano, Emmanuel Lévinas (1906-1995), esos poderes confusos anudados en las capas profundas del suelo germano encontraron su cifra en el cuerpo, su expresión en la sangre y su futuro en la raza.

En 1934, Lévinas escribe *Algunas reflexiones sobre la filosofía del hitlerismo*⁶. Allí encara la difícil tarea de develar el fundamento del hitlerismo. Para llevar adelante su dilucidación, el discípulo de Martin Heidegger parece retomar el concepto de *Stimmung* que había propuesto el maestro en su curso de 1929-1930 -publicado más tarde con el título *Los conceptos fundamentales de la metafísica*⁷-. Siguiendo el sentido musical del término, *Stimmung* puede traducirse por “tonalidad”. Es el tono dominante que define la armonía. Armonía que representa el “ser-en-común”, dándole su modo y determinando el cómo de ese ser. Estas tonalidades no son meros epifenómenos de estructuras más profundas, por el contrario, se muestran como las modalidades de nuestra implicación en el mundo y en la historia. Lévinas buscará la *Stimmung* del hitlerismo que, dado el privilegio otorgado a la experiencia del cuerpo, será entendido como el *encadenamiento* que determina “tonalmente” un modo de ser específico, a saber, el *ser engarzado*.

⁵ Fragmento extraído del libro *Los alemanes* de Norbert Elias, *op. cit.*, p. 222.

⁶ Lévinas, E., *Algunas reflexiones sobre la filosofía del hitlerismo*, Buenos Aires, FCE, 2001

⁷ Heidegger, M., *Los conceptos fundamentales de la metafísica. Mundo, finitud, soledad*, Madrid, Alianza, 2007.

Lévinas entiende que en la “filosofía del hitlerismo” surge una nueva concepción del ser humano y de su destino. “No es tal o cual dogma de democracia -dice Lévinas-, de parlamentarismo, de régimen dictatorial o de política religiosa lo que está en juego. Es la humanidad misma del hombre.”⁸ La Alemania de Hitler puede definirse por la primacía del cuerpo biológico y la consecuente exaltación de la sangre y de la raza. Según lo expresa Miguel Abensour en su ensayo titulado “El mal elemental”, la situación a la que el hombre se encuentra *engarzado* constituye a partir de entonces “el fondo de su ser y circunscribe paradójicamente su poder-ser.”⁹

Encadenada a las determinaciones de una materialidad cargada a costas, la identidad quedó fuera del alcance de la voluntad y de la razón, es decir, más allá del deseo de autodeterminación (o, mejor dicho, más acá, pues el cuerpo se impone como realidad primera y absoluta). Lévinas denuncia así un totalitarismo que en rigor es totalización: “una unión a la cual nada podría alterarle el gusto trágico por lo definitivo.”¹⁰

A partir del intenso sentimiento de *ser engarzado* se manifiesta una nueva experiencia del cuerpo en la que el pasado triunfa y extiende su influencia sobre el presente. Esta “adherencia” al cuerpo conlleva efectos múltiples, pues una aceptación al encadenamiento implica una “abdicación ante los poderes confusos y oscuros de un pasado reducido violentamente a la herencia y confundido con ella,” expresa Abensour¹¹. La totalización proyectada sobre el conjunto entero de la humanidad cobra sentido en la auto-percepción del cuerpo como significante universal, pues su materialidad es portadora de una historia cifrada en la fenotipicidad.

Los oscuros designios del cuerpo hunden sus raíces en fuentes aún más oscuras e inciertas. Sin embargo, fragmentada, dividida y humillada después de la Gran Guerra, Alemania habría creído alcanzar con el Nacionalsozialismo la reunión de los elementos desconectados y dispersos. El cuerpo actuó de eje material y sirvió de nervio para un discurso de la valoración de la autoconía y la pureza racial, garantías del logro inconcluso hasta entonces de la reunificación nacional alemana.

Lévinas destaca en 1934 la necesidad de explicar y explicitar el fundamento de la discriminación y la concomitante racialización del discurso político. ¿Cuál es el núcleo de todo acto discriminatorio? Cada acto de segregación y de discriminación, en efecto, está apoyado sobre una concepción específica del ser humano. Concepción radical, indeterminable desde un plano que las contempla como superestructura o como notas idiosincrásicas de un pueblo y su cultura (por ejemplo, creer que los sirios no toleran a los armenios porque su receta de *tabule* no lleva perejil). Por el contrario,

⁸ Lévinas, E., *Algunas reflexiones sobre la filosofía del hitlerismo*, Buenos Aires, FCE, 2001, p. 20-21.

⁹ Abensour, M., “El mal elemental”, en Lévinas, E., *Algunas reflexiones sobre la filosofía del hitlerismo*, Buenos Aires, FCE, p. 47.

¹⁰ Lévinas, E., *Algunas reflexiones...*, p. 16.

¹¹ Abensour, M., “El mal elemental”, p.48.

esta concepción fundamental de lo humano ve al hombre adherido a una ley que lo determina más allá de su libre voluntad. Ley que expresa la verdad del cuerpo y su poder oculto.

Para 1934, Lévinas no había iniciado aún su crítica demoledora al pensamiento de “lo mismo”. Pero ya sentía el peso que iba adquiriendo en Alemania el arraigo a la tierra, a la vez que vislumbraba los peligros que la diáspora representaba para él y los suyos. “El pueblo Alemán está contento al saber que el fantasma de la huida eterna ha sido sustituido por un punto de referencia fijo”, exclamaba Hitler en el discurso de cierre del sexto congreso del partido nazi celebrado en Nuremberg, en 1934. Lévinas opone al *ser engarzado* –entendido como cualquier otra modalidad de fijacionismo- la trascendencia. Algunas décadas más tarde, la filosofía del autor de *Totalidad e infinito* habrá de presentar al prójimo –el perseguido, el huérfano, el niño y, hoy en día, el extranjero pobre forzado a migrar-, desde una Altura originaria: el otro se encuentra instalado en la inaccesibilidad de *mis* intenciones, pero siempre respondo por él. Protección del rostro contra la autoridad del ser, anhelo esencial de humanidad antes que advenimiento de la ‘animalidad’ que puja por emerger en forma de violencia.

Mientras tanto, en 1934, pocos días después del asenso del Partido nazi al poder, Lévinas observa lo característico de la ideología del Nacional-socialismo como una declarada oposición al liberalismo en la cual se abandona la concepción prospectiva de libertad y se establece límites a la astucia de la razón burguesa, erigiendo en autoridad última e irrefutable el cuerpo. La autoridad de *ser engarzado* transmite su fuerza y empodera al Partido, cuya identidad es Adolf Hitler. Hitler poseyó el poder absoluto cristalizado por el compromiso de una sociedad entendida como raza, cuando la autoridad de ésta superó la autoridad de la razón. El cuerpo, silenciado por la historia del pensamiento occidental que vio en él el obstáculo que “quiebra el impulso libre del espíritu”, conoció un nuevo despertar. En lo oculto del cuerpo, en el bullir de la sangre, el nazismo descubrió una fuente absoluta de poder. La raza forjó el vínculo entre hombres que ahora toman conciencia de su co-dependencia originaria. Ellos han oído el llamado de la sangre y han rechazado en su nombre las seductoras promesas de la libertad burguesa –engañosa y perversa-. Por ello, Hitler los nombró la *élite* alemana, y fueron convocados a formar filas dentro del partido. El “Triunfo de la voluntad”, título que dio nombre al documental dirigido por Leni Riefenstahl, sintetiza los efectos ideológicos descriptos hasta ahora. Es el triunfo de la voluntad de la sangre sobre la conciencia liberal, individualista y cínica. La voluntad ya no será más el vehículo privilegiado para la realización de la libertad del espíritu, sino el poder de reconocer el encadenamiento esencial y determinante al cuerpo y al pasado. Hitler afirmaba la necesidad de obtener el control absoluto del poder a fin de evitar cualquier tipo de flaqueza que ponga en riesgo el “movimiento”. Llamaba a sus seguidores y partidarios a trabajar en esa dirección. La valentía jugaba su rol cuando era preciso no sucumbir ante las tentaciones; los sufrimientos y las renunciaciones que aquel proyecto paranoico exigía, eran la prueba

de fuego que guiaba su deber. De la autoridad del cuerpo, al poder absoluto. Del poder de lo oculto en el cuerpo, a la autoridad del control absoluto del poder. “El triunfo de la voluntad”, ese enorme monumento al escalofrío que dejó el s. XX, expresa un momento de la historia donde el planeta fue dominado una vez más por el sueño pesadillesco de la megalomanía humana.

Cabe una reflexión a modo de cierre. La estructura del pensamiento y de la verdad en el mundo occidental está caracterizada por la distancia radical que separa inicialmente al hombre del ‘mundo de las ideas’ y que sólo franqueará con el fin de escoger una verdad entre ellas. Lévinas afirma: “Esta libertad constituye toda la dignidad del pensamiento, pero entraña también el peligro. En el intervalo que separa al hombre de la idea se desliza la mentira.”¹² La autoridad del cuerpo se opone esencialmente a la autoridad de la razón y el libre pensamiento, pues aquella elimina la duda (recordemos aquella frase de Aldo Rico según la cual, “la duda es un lujo que sólo pueden darse los intelectuales”) y crea la ilusión de un mundo desprovisto de incertidumbres. Autoridad de la fuerza anti-civilizatoria que impone al pensar, a la incertidumbre propia de la vida en lo humano, una condición absoluta y esencial. La violencia de la autoridad del cuerpo queda así enfrentada a la duda que exige al pensar racional el tratamiento de la incertidumbre. No es casualidad que en épocas de crisis y postcrisis la autoridad quiera muchas veces constituirse desde el ejercicio de una violencia que tiene por objeto el aniquilamiento de la duda y el pensar, dando a cambio el discurso ciego de la barbarie. En el reconocimiento de la necesidad de apertura a lo ‘otro’ emerge el trasfondo existencial de la vida humana que nos pone en contacto con el amor y la paz en el rostro incontenible del prójimo. Para Lévinas es evidente, en efecto, “que es en el conocimiento del otro como simple individuo, individuo de un género, de una clase, de una raza, como queda la paz invertida en odio; es el acceso al otro como una especie de esto o de aquello.”¹³ Por lo tanto, preguntémosnos: ¿‘ser’ significará la virilidad de una autoridad constituida en la certeza pura de la inalienabilidad de sí misma? ¿O, por el contrario, ‘ser’ significará no-indiferencia, búsqueda y deseo de paz?

Bibliografía

- Abensour, M., “El mal elemental”, en Lévinas, E., *Algunas reflexiones sobre la filosofía del hitlerismo*, Buenos Aires, FCE.
- Benjamin, W., “Teorías del fascismo alemán”, *Ensayos I*, Madrid, Editora Nacional, 2002.
- Elias, N., *Los alemanes*, Buenos Aires, Trilce, 2009.
- Heidegger, M., *Los conceptos fundamentales de la metafísica. Mundo, finitud, soledad*, Madrid, Alianza, 2007.
- Jünger, E., *Tempestades de acero (tiempo de memoria)*, Barcelona,

¹² Lévinas, E., *Algunas reflexiones...*, p. 18.

¹³ Lévinas, E., “Paz y proximidad”, *Laguna: Revista de filosofía*, 2006, 18, p. 149.

- Tusquets, 2006.
- Lévinas, E., *Algunas reflexiones sobre la filosofía del hitlerismo*, Buenos Aires, FCE, 2001.
 - Lévinas, E., "Paz y proximidad", *Laguna: Revista de filosofía*, 2006, 18, pp. 143-154.